

Pero este muchacho negro, que narra sin melindres los azares de su propia vida, díscolo a las rutinas familiares y religiosas, rebelde a las humillaciones que soportan y hasta buscan muchos elementos de su raza, a quienes los blancos desprecian y humillan, logra acumular dinero y partir al norte, zona en que, según anuncian las solapas de su propio libro, se dedica en la actualidad a la literatura y al periodismo, con justísimo éxito.

VIVIR Y LEER.

El mayor yerro del escritor es mirar la existencia desde un ángulo exclusivamente literario. Sólo los temperamentos excepcionales o los genios triunfan observando la vida a través de un prisma recargado de imágenes librescas. Es un hecho curioso que los grandes éxitos de orden literario, los alcancen los escritores menos literatos, aquellos que han mirado la vida buscándole un sentido o sabor original.

Cervantes, el más grande genio de España, no es un literato en el estricto sentido del vocablo. Guerrcó en Lepanto, estuvo cautivo en Africa y volvió a España tan inseguro y modesto, que frente al Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, no se atrevió a cruzar palabras. Esa misma predisposición lo impulsó a la novela en vez del teatro, a pesar de crear los entremeses, sintiéndose incapaz de ocupar sitio junto a Lope. Sólo podría enfrentarse con un literato de genio, como fué don Francisco de Quevedo y Villegas, hombre de Corte, diplomático y erudito autor picaresco, que murió pobre de solemnidad, solitario e hidalgo.

En Inglaterra, tenemos a Shakespeare, otro monstruo genial que tampoco fué literato. Da la impresión, más bien, de haber sido un aventurero, sefardita quizá, carente de las reticencias inglesas, que acompañaba y asesoraba a sus propios cómicos y que ofrecía platos fuertes, de locas pasiones, a una

Corte de espíritu desenfadado. T. S. Eliot, el poeta y ensayista inglés contemporáneo, lo enjuicia, con singularidad, diciendo que fué un inmenso poeta, sin estar adosado sobre una gran filosofía. Al revés de Dante, gran poeta alzado sobre la sólida base dialéctica del tomismo.

Ocurre, paradójicamente, que en los países más ahitos de literatura se exalta, de improviso, a los artistas menos literatos. En Francia, donde existió un Flaubert, una «montaña de grafito», según lo llamaba George Sand, se premia a la novelista moderna Jolan Foldes, autora de «La calle del gato que pelotea», una «nouvelle» sencilla y directa. En Alemania, país de armazón filosófica, por excelencia, en el cual matizó la ciencia con el arte un genio como Goethe, alcanza justo éxito Hans Fallada, con sus novelas simples de la clase media oprimida y hecha pedazos entre dos guerras implacables. Balzac mismo fué poco literato frente a un Flaubert o un Sainte Beuve. El primero lo llama «ignorante como un poste». Y a Rusia la perfila mejor un Dostoiewsky, jugador y atormentado, que Turguenef, cultísimo y europeizante literato.

Por cierto que de estas glosas se escapan muchas excepciones. La inteligencia retórica de un Carlyle, por ejemplo, cuyos retratos insertos en su Historia de la Revolución Francesa constituyen imperecederas aguas fuertes; la filosofía erudita y doméstica de Montaigne, que detalla hasta sus trastornos digestivos; la erudición sabrosa y vital de un Arcipreste de Hita, la experiencia enclaustrada de Tirso de Molina. Sin embargo, podría aceptarse como un principio relativo que más vale asumir y afrontar la vida, antes de ponerse a escribir que buscarla a través de montañas librescas. Aunque lo escrito ya, o sea la literatura, oriente la experiencia y el tema nos haya permitido esbozar una glosa literaria y de ella se deriven otras más literarias aún.